



Obras como *El cristianismo en el espejo indígena*, de Gerardo Lara, enriquecen nuestro conocimiento sobre la vida y la evolución de las sociedades indígenas de nuestro país bajo el régimen colonial español, y lo alejan cada vez más de las generalizaciones que han imperado durante demasiado tiempo en este terreno.

Este libro es, en primer lugar, una obra de etnohistoria. Esto quiere decir que combina las virtudes del trabajo del historiador, como la paciente labor de investigación de archivo, la construcción minuciosa de series documen-

EL CRISTIANISMO EN EL ESPEJO INDÍGENA. RELIGIOSIDAD EN EL OCCIDENTE DE SIERRA GORDA, SIGLO XVII DE GERARDO LARA

Federico Navarrete Linares*

tales y la reconstrucción e interpretación de los sucesos en el tiempo, con la amplitud de la reflexión antropológica, preocupada por las dimensiones culturales y religiosas de los fenómenos sociales y siempre dispuesta a identificar continuidades y similitudes a través del tiempo y del espacio por medio del análisis comparativo.

Gerardo Lara maneja con competencia la metodología de ambas disciplinas y su libro nos muestra el tipo de resultados que se pueden alcanzar por medio de su combinación. En efecto, la obra surgió de un problema netamente histórico, intentar reconstruir y comprender la aparición en el siglo xvii de varios movimientos cristianos indígenas entre los indígenas chichimecas y mesoamericanos de la Sierra Gorda, la agreste región que comparten los estados de Hidalgo, Querétaro, Guanajuato y San Luis Potosí. Pero como esta reali-

dad histórica no es directamente accesible, pues sólo se puede conocer por medio de las breves y hostiles descripciones que hicieron de ella las autoridades coloniales, el autor tuvo que realizar una compleja y ambiciosa labor de reconstrucción cultural e histórica. A partir de indicios demasiado escuetos—como la breve descripción de rituales realizados con huesos humanos, o la mención de la existencia del Cristo de Xichú, un anciano que era adorado en un altar y luego daba a beber a sus feligresas, mayoritariamente mujeres, el agua con que se había lavado los pies—, recurrió a la contextualización histórica y a la comparación antropológica para reconstruir el entorno cultural de estos elementos y así encontrar su profundo sentido religioso y social. Es así como logró demostrar que en la Sierra Gorda existió un activo culto a los antepasados y surgió la figura sagrada y política de un hombre-dios otomiano, un personaje excepcional que había logrado convertirse en la encarnación humana de Cristo, como sus antepasados lo habían sido de los dioses Otontehctli o Xiuhtecuhli.

Para poder cumplir con éxito esta tarea, Gerardo recurrió a las más variadas fuentes bibliográficas: la etnografía contemporánea sobre los pueblos otomianos, destacadamente a la obra de Jacques Galinier, obras sobre la cosmovisión prehispánica, como las de Alfredo López Austin, estudios sobre los evangelizadores cristianos, como los de Serge Gruzinski, así como a trabajos sobre la cultura afromexicana, como los de Gonzalo Aguirre Beltrán.

Gracias a este bien realizado ejercicio interdisciplinario, *El cristianismo en el espejo indígena* enriquece nuestro conocimiento en tres niveles diferentes, el regional, el general novohispano y la reflexión teórica sobre el cambio cultural entre los pueblos indígenas después de la conquista.

En primer lugar, Gerardo Lara aplica su oficio de historiador a revelar la dinámica específica y peculiar de una región limítrofe, incluso "excéntrica", como es la Sierra Gorda, tan lejana a las grandes corrientes culturales, sociales y económicas que atravesaron a la Nueva España entre los siglos XVI y XVIII; una región siempre a caballo entre Meso-

mérica y Aridoamérica, entre la vida agrícola y sedentaria del sur y la vida trashumante del norte, e igualmente localizada en el móvil y permeable límite entre la zona dominada por la Corona española y los vastos eriales y montañas que escapaban a su control, entre las regiones controladas por el clero y aquellas dejadas a la mano de Dios y a la inventiva religiosa de sus nativos.

Resulta particularmente interesante el análisis que hace Lara de los intercambios culturales y las reconstituciones étnicas que se llevaron a cabo en esta zona a partir de su colonización conjunta por españoles e indígenas mesoamericanos. En efecto, en esta región confluyeron chichimecas montaraces, otomíes católicos y nahuas y tarascos colonizadores, además de españoles y africanos. Como el autor señala con justicia, la colonización española, las guerras chichimecas, las epidemias y la inmigración de tantos grupos diferentes transformaron de manera irreversible la faz de esta región y provocaron una redefinición de las identidades étnicas y culturales de sus pobladores.

Es a partir de esta cuidadosa descripción de la dinámica regional de la Sierra Gorda durante el periodo colonial que Lara consigue explicar el surgimiento de un cristianismo indígena en la región en el siglo xviii. De esta manera nos permite comprender más profundamente la respuesta que los indígenas de la Sierra Gorda construyeron, a lo largo de dos siglos, a los embates de la evangelización y la manera en que retomaron elementos de las antiguas religiones indígenas, de la nueva religión cristiana y de los cultos africanos, para inventar una religión propia que intentaba ser autónoma del control español y así permitir a los nativos, y en particular a sus líderes espirituales, establecer un contacto directo y efectivo con la divinidad para beneficio de su pueblo. Este catolicismo indígena, como bien señala Lara, no era una simple continuación, ni una revitalización, de la religión prehispánica, pero tampoco era un catolicismo ortodoxo plenamente occidental, sino que era una construcción cultural híbrida y compleja, producto y reflejo de la situación colonial en la que había surgido.



Por otro lado, este libro abre vías de reflexión más generales sobre la Nueva España y sus regiones indígenas. En efecto, lejos de las grandes regiones centrales, lejos de las zonas más pobladas y mejor dominadas, nuestro país estaba, y está, lleno de rincones olvidados, donde las cosas se mueven a otro paso, donde las dinámicas locales tienen un peso particular y crean realidades refractarias a la influencia externa. Se pueden incluir en este grupo zonas como la región selvática de la península de Yucatán, la sierra mixe de Oaxaca, el Gran Nayar y desde luego la Sierra Gorda.

Pese a su aislamiento y marginalidad, estas regiones distan de ser irrelevantes, pues funcionan como laboratorios culturales en los que las sociedades indígenas, al gozar de un mayor grado de autonomía, pueden concebir y aplicar soluciones propias a los dilemas culturales, religiosos y políticos planteados por la dominación española. En este sentido, el fenómeno del Cristo Viejo de Xichú, cuyas profundas raíces locales y otomíes reconstruye tan convincentemente este libro, no es un caso aislado, sino que puede ser comprendido como uno más de los diversos expe-

rimentos religiosos que se llevaron a cabo en diferentes y remotos rincones de la Nueva España, como la Virgen de Cancuc, la Cruz Parlante de Yucatán, y la religión del Gran Nayar.

Otra de las aportaciones de esta obra, por lo tanto, es que nos ayuda a completar un poco más el complejo y diverso mosaico cultural y étnico novohispano. Obras como esta son un contrapeso indispensable a las de autores como Lockhart o Gruzinski, que han estudiado las grandes regiones centrales y han construido atractivos modelos generales para comprender la evolución social y cultural de las sociedades indígenas bajo el régimen colonial. Contrapeso no porque invaliden necesariamente estas generalizaciones sino porque nos recuerdan que la diversidad y la pluralidad han sido siempre una realidad irreductible de nuestro país y que su dinámica cultural y étnica no está determinada únicamente por los grandes grupos dominantes, llámense nahuas, españoles o mestizos, sino también por pueblos mucho más débiles y poco numerosos, pero no por ello menos importantes, como los chichi-

mecas jonaces y los pames, los otomíes y los humildes colonos mesoamericanos de la Sierra Gorda.

Por último, en *El cristianismo en el espejo indígena* Gerardo Lara aborda también de lleno la reflexión teórica sobre el cambio cultural, que es un tema fundamental para la etnohistoria de las poblaciones indígenas coloniales. Muchos grandes autores de esta disciplina han utilizado, como lo hace Lara, el concepto de aculturación para explicar el proceso de transformación cultural de los pueblos colonizados. Este concepto tiene muchas definiciones pero la que emplea nuestro autor se acerca a la concepción de Ignacio del Río, que la entiende como un proceso histórico de dominación e intercambio cultural producto de la situación colonial pero que no tiene una tendencia definida ni un resultado único. Sin embargo, utiliza otros autores, como Serge Gruzinski, que la conciben como un proceso que conduce inevitablemente a la occidentalización.

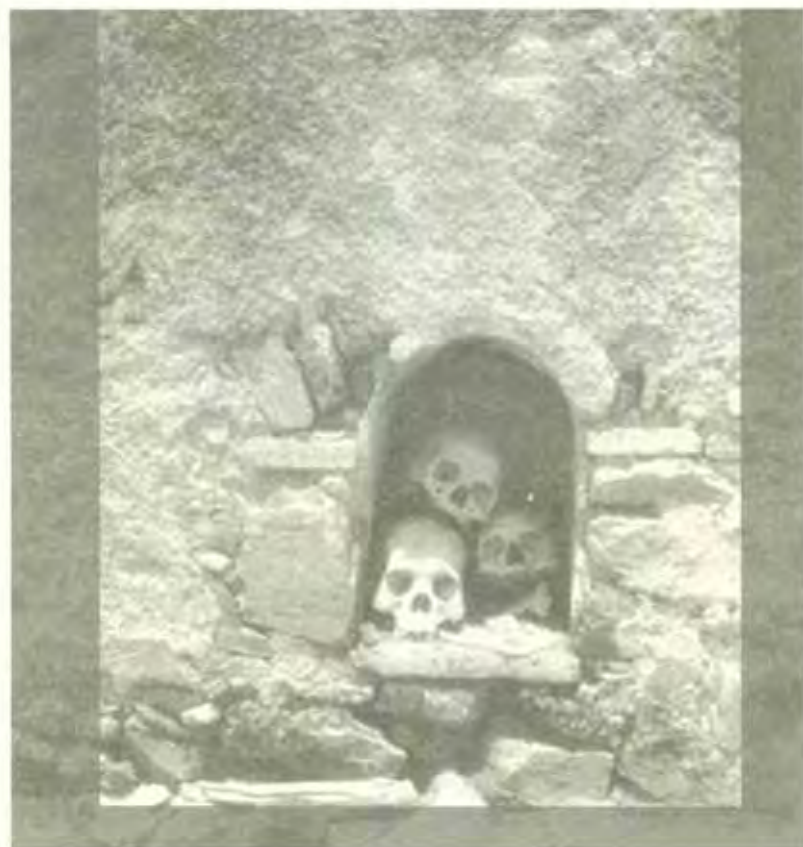
El análisis contenido en esta obra muestra claramente que ese no es el caso: los grupos de la Sierra Gorda,

chichimecas, otomianos, nahuas y tarascos se apropiaron del cristianismo y lo hicieron suyo, pero eso no significó que se occidentalizaran, sino que los llevó a construir una nueva identidad étnica alrededor de su religión. Esto no quiere decir, tampoco, que haya existido una continuidad ininterrumpida con el pasado prehispánico, pues esta obra muestra con gran claridad el profundo impacto que la colonización y la cristianización tuvieron sobre los pueblos indígenas de esa región. Más bien, con una rigurosa y atenta mirada de historiador, Gerardo Lara logra reconstruir con detalle la paradójica combinación entre la continuidad y el cambio, entre lo indígena y lo occidental, que caracterizó a la religión indocristiana de la Sierra Gorda. Así logra explicar la razón por la que los indígenas del siglo xviii utilizaron la religión y las estructuras sociales españolas para construir un movimiento religioso que tenía como objetivo atacar a los propios españoles e invertir su relación colonial con ellos. Como él señala, para esa época la religión y el régimen social prehispánicos

no eran una realidad cultural relevante para estos pueblos, que además habían sido producto de la propia colonización, y su universo de referentes culturales y sociales era el cristiano y español, por ello se valieron de él para construir su nueva religión.

Las reflexiones de Gerardo sobre el complejo fenómeno del cristianismo indígena hacen eco de las que han hecho otros autores como Victoria Reifler-Bricker sobre los mayas. Durante las últimas décadas, gracias a estudios como éste, ha aumentado mucho nuestro conocimiento y comprensión de la manera en que los indígenas se apropiaron de la religión del colonizador y la convirtieron en una bandera para definir su propia identidad y en una herramienta para combatir a sus dominadores. Al estudiar estos universos culturales híbridos y mutables, las viejas categorías como "occidentalización" o "resistencia cultural" pierden su validez y deben ser sustituidos por una concepción abierta y flexible del cambio cultural.

Por esta razón, a lo largo de este libro se extraña el uso, o al menos la



discusión, de un concepto que ha ganado fuerza en la etnohistoria en los últimos diez años, el de etnogénesis. En efecto, Gerardo Lara nos muestra de manera muy clara cómo el impacto de la conquista y la colonización provocó una transformación profunda en las sociedades indígenas de la región de la

Sierra Gorda, que en algunos casos llegó a una descomposición social, y luego cómo estas sociedades se reconstituyeron y al hacerlo reconstruyeron su identidad y su cultura, utilizando tanto elementos y herramientas de su propia tradición como otras prestadas de las tradiciones europea y africa-



na. Este proceso de reinención de la cultura y la identidad, en la que las necesidades de un presente, el régimen colonial, hacen que los pueblos modifiquen su herencia cultural y redefinan su identidad de forma creativa es precisamente lo que diversos estudiosos han llamado *etnogénesis*, es decir, creación de la etnicidad. El concepto enfatiza el hecho de que las identidades y las culturas no son sólo herencias del pasado, sino también creaciones contemporáneas que deben reformularse para poder funcionar en las siempre cambiantes realidades sociales en

que operan. Me parece que, aunque no emplee este concepto, la interpretación que hace Gerardo Lara de los procesos de cambio cultural en la Sierra Gorda es muy cercana a él y que confirma las premisas esenciales de esta interpretación del cambio cultural.

Este señalamiento no hace sino confirmar la riqueza histórica y analítica de este libro, pues a partir de la reconstrucción cuidadosa y detallada de un caso histórico particular, avanza por caminos de reflexión que serán recorridos por los etnohistoriadores durante muchos años.

* Doctor del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Ecos

